

Hangares de Orly.

## CUESTIONES DE ESTÉTICA:

# CONCEPTO DE LA ARQUITECTURA NUEVA

Constituyen notorio signo decadente en los períodos de transición de estilos las polémicas en torno a qué elementos de estética o qué técnicas proporcionan patentes de antigüedad o de modernismo a la obra de arte. Es el síntoma inequívoco de que aún no ha fraguado en la conciencia de la época el sentido de un "arte nuevo". Quienes se empeñan en tales contiendas (que desgraciadamente son muchos) están más cerca del ocaso de los viejos estilos que del otro de los nuevos; de donde se deduce que con sus peregrinos asertos prestan un flaco servicio a la propia idea que quieren defender y pasan, entre los espíritus serenos, por todo lo contrario de lo que pretenden. Claro es que el perfil pseudo-intelectual que va tomando esta época nuestra es culpable, y no poco, de ese afán culterano de buscar en palabras y distingos la esencia de lo que, previamente y de modo artificioso, se conviene en llamar "nuevo arte". Y va siendo hora de que los verdaderamente interesados en que éste se produzca, los arquitectos jóvenes sobre todo, evitemos tales bizantinismos en la medida de nuestras fuerzas y situemos las cosas en su lugar cuando veamos que otros las dislocan.

Tales reflexiones me las sugería hace algunos meses la lectura de la "penúltima" discusión habida en Italia a propósito de si el arco y la columna están o no reñidos con el nuevo estilo; y hoy las traslado a estas columnas de nuestra Revista porque entiendo tienen una incesante actualidad. Es ya alarmante que un crítico solvente como Ugo Ojetti haya requerido al arquitecto Marcelo Piacentini (después de nombrarle "arquitecto italiano", "artista" y "constructor maestro") para preguntarle por qué ha desterrado los arcos y las columnas; lo que significa, desde luego, que al crítico le preocupa tal desaparición (y ello ya revela una traba tradicional que nos estorba); pero si ahondamos más, nos hace sospechar que, además de preocuparle, le extraña,



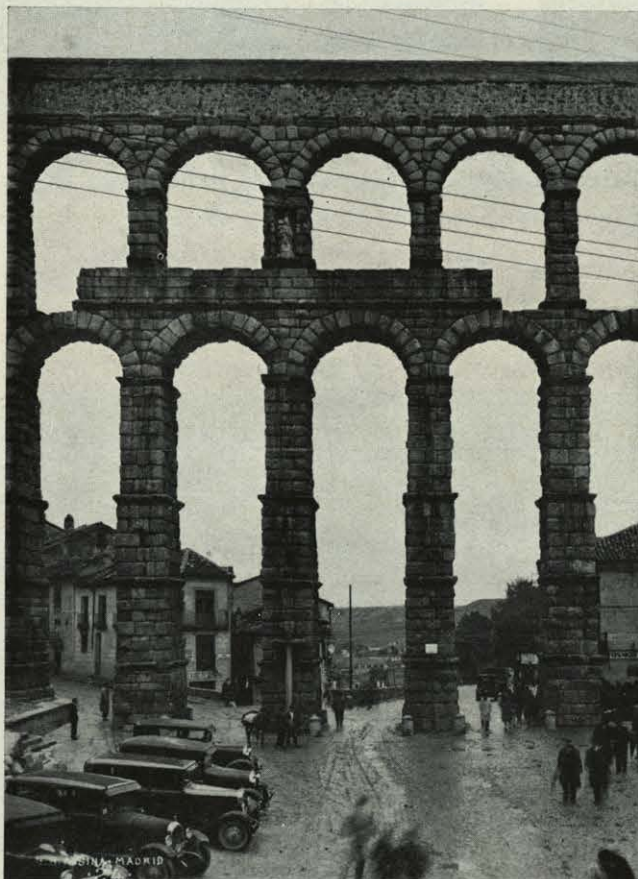
porque sin duda considera casi inconcebible que en el ánimo de un arquitecto, siendo éste "italiano" y "artista" y "constructor maestro" (y viviendo en el año 12 de la era fascista, añadiríamos nosotros), no pese lo bastante el lastre de diez siglos de Roma clásica y once años y medio de Roma pseudo-imperialista, para no dejar de emplear tales elementos.

Pero aún alarma y desconsuela más la respuesta del citado colega, que con tal gesto de despreocupación, verdaderamente "heroico" en quien como él es "italiano", "artista", etc., quiere lograr, sin duda, esa patente de modernidad a que aludíamos. Este, por lo demás, notable arquitecto, ha respondido que él los destierra porque ha llegado la fecha de su desaparición juntamente con las guirnaldas y elementos decorativos (!), y que ello obedece principalmente a que el "sentido" de las materias con que el arquitecto trabaja hoy—cemento y hierro—vence y se impone. Por lo pronto, quien así piensa es que se atreve a prejuzgar la obra de arte—y en eso estriba nuestra alarma—, bastándole, por lo visto, la existencia en ella de un arco o de una columna para repudiarla como tal obra de modernidad.

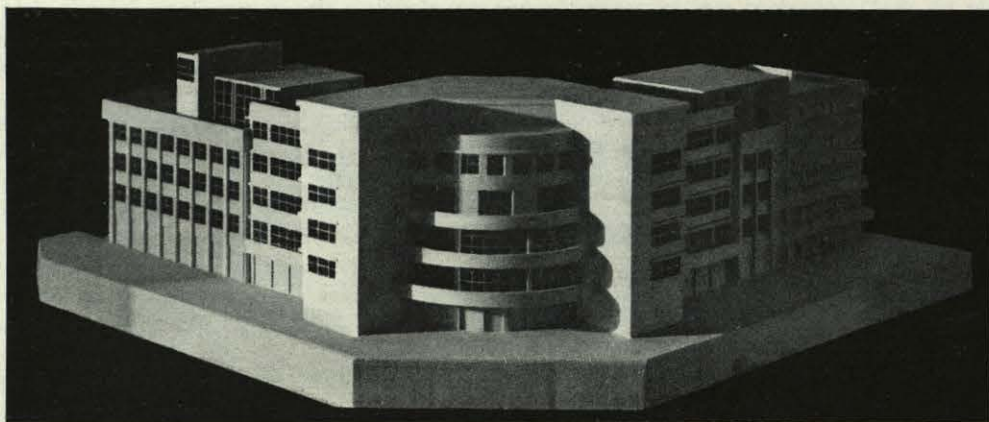
(Hagamos notar, de paso, cómo pueden sentenciarse de igual modo, en la época del racionalismo, elementos rigurosamente funcionales y elementos postizos de ornamentación decadente.)

Pero, cómo: ¿es que el hierro y el cemento no permiten el arco y la columna? Si el pie derecho metálico ha de seguir todavía recubriéndose, ¿por qué su envolvente no ha de poder ser curva en vez de plana si sólo evitar aristas es ya una buena cualidad? ¿Y por qué no se ha de admitir que puedan producirse nuevos materiales metálicos y nuevos perfiles de extradós curvos, por ejemplo, que no exijan envoltura y que la técnica del hormigón armado resuelva el problema de los encofrados de modo que sea indistinto o hasta más conveniente el pilar curvo que el plano? En cuanto al arco, ¿qué tienen de arcáicos o de anacrónicos, por ejemplo, los famo-

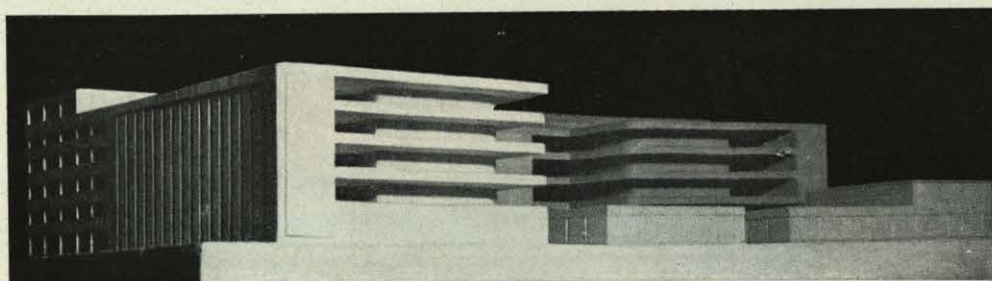
Acueducto de Segovia.



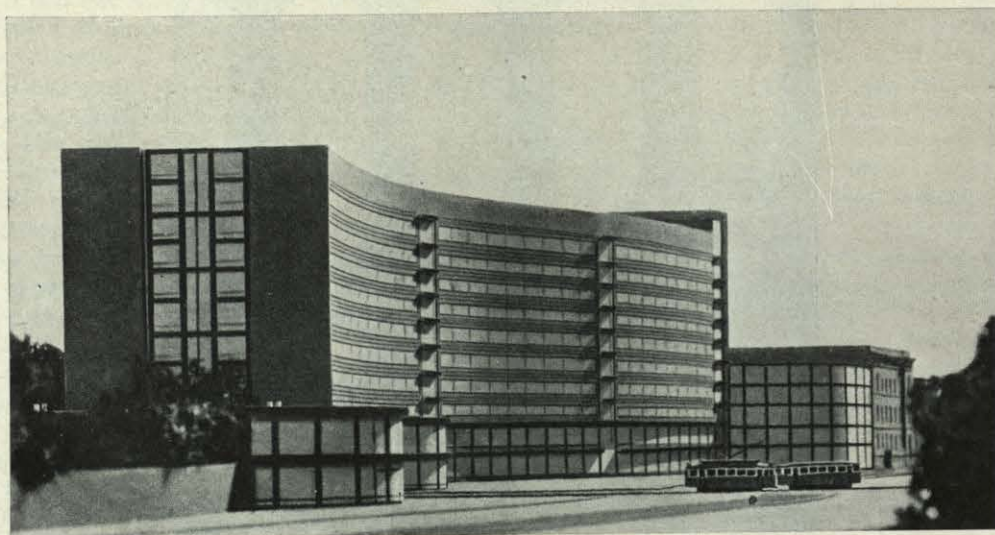




Arqs. S. Larco y C. E. Rava, Milán. Proyecto de edificio para un periódico.



Arqs. G. Pellini y L. Figini, Milán. Proyecto de edificio para un gran garaje.



Arq. Hans Scharoun, Breslau. Proyecto para un edificio público.

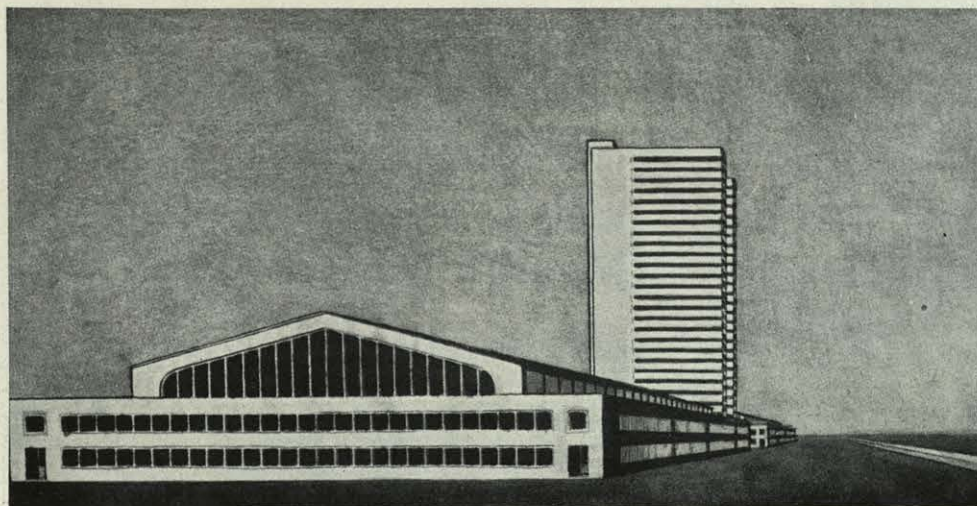


sos hangares de Orly, por no citar más que un caso entre los notables, con sus gigantescos arcos parabólicos? Y de otro modo visto el problema, ¿quién se atrevería a rechazar la sinfonía de arcos que es nuestro acueducto de Segovia, como ejemplo de arquitectura nueva funcional, salvando, si se quiere, los materiales y las dimensiones?...

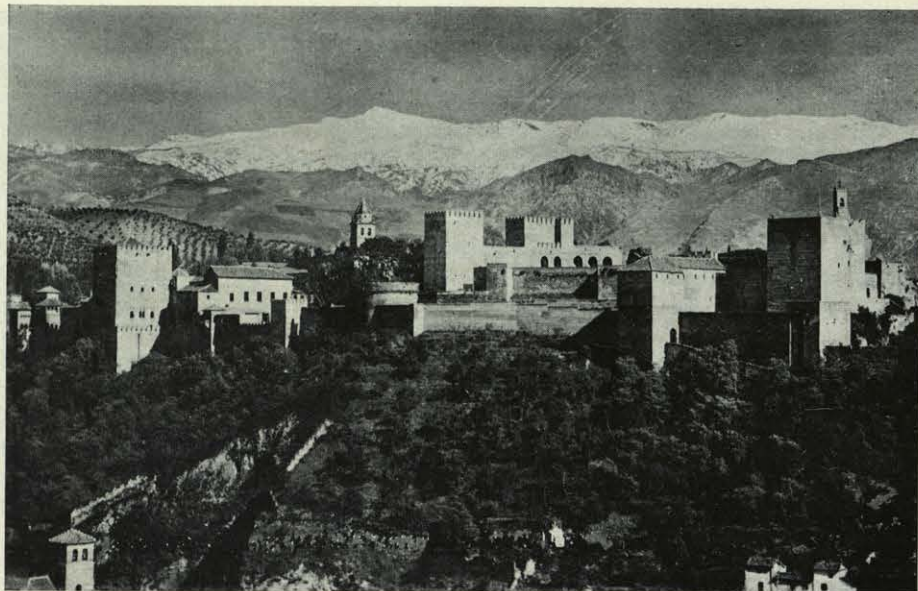
Todo esto nos recuerda otra de las antepenúltimas polémicas sobre cuestión análoga: la referente a si la arquitectura moderna prefería la horizontalidad o la verticalidad en la disposición y silueta de las masas. Y también, de paso, la postura que, como reverso de esa excomunión lanzada sobre elementos milenarios, adoptaba hace años persona tan calificada de modernidad como Le Corbusier, pero también tocada, en mi concepto, de esa enfermedad de intelectualismo de nuestra época, cuando, haciendo del arte literatura, decía que "el pilar y la viga de hormigón armado eran la vuelta al pilar y al dintel que formaron el templo". O el sobresalto que en esta recientísima contienda italiana nos muestra Alfredo Parizini, cuando se pregunta si "la misma materia innoble puede servir para erigir los pabellones y los grandes edificios". Estamos ya un poco lejos, por fortuna, de los años de Ruskin y del romanticismo inglés, en que se malograba uno de los conjuntos urbanos más dignos, la "Regence Street" de Londres, por si el estuco de sus fachadas era un material innoble para arterias de tal categoría; y hoy ya nadie duda de que el yeso y el ladrillo de la más vulgar vivienda barata son los mismos de nuestros monumentos mudéjares; y que no es la nobleza patrimonio de la materia, sino de la obra de arte que la prestigia; y que tan noble es el ladrillo en nuestro palacio de la Alhambra como el mármol en el Partenón y mucho más, desde luego, que el jaspe en algunos de los llamados edificios suntuarios de nuestros últimos treinta años.

Es absolutamente pueril todo esto (por no calificarlo de otro modo). No es rechazando sistemáticamente unos materiales o unas formas, o unos elementos y dispensando protección a otros, ni encontrando el acomodo o la antinomia con las formas tradicionales, como haremos arte nuevo. Ni éste se deja aprehender con tan cómodos artilugios, ni llenar el espíritu con tales prejuicios es el camino más adecuado para orientarse en la consecución de aquél. En primer lugar, el arte nuevo surgirá, como está empezando a surgir, a despecho de todos los entorpecimientos que le pongamos al paso (los artistas los primeros), cuando en el ambiente exista un contenido espiritual que reclame cauces o formas propias donde verse. Además, la tradición brotará siempre, queramos o no, cuando ese contenido espiritual marque una coincidencia de afanes o de cultura con algún otro estado colectivo anterior (que es lo que, en mi concepto, significa el hecho que señala Le Corbusier). Pero como, por otra parte, el arte no se produce por generación espontánea, sino que da la casualidad que son, precisamente, el cerebro y el corazón de los artistas los que lo engendran, será preciso, además, que nos apercibamos a colaborar en su advenimiento, para lo cual el artista tiene la obligación nada más (pero también nada menos), de no encastillarse en una posición única, de libertarse de toda índole de prejuicios, procurando sentirse siempre

Proyecto de Gran Mercado. Arq. Ludwig Hilberseimen.







Granada. La Alhambra.

ágil para la captación o abandono de todos los atisbos, de todos los caminos; que sólo de rectificaciones y renunciaciones puede brotar algo perdurable en materia de arte.

Es así, pues, que lo más cuerdo, en mi sentir, con que se ha salido al paso de estas polémicas, han sido las palabras de ese grupo de arquitectos modernos, también italianos, que en reciente manifiesto han reclamado que cesen la algarabía y aspereza de tales contiendas, que "nada tienen de común con la labor áspera de la que nace el arte y con la que inútilmente se pierden tiempo y energías, perturbando dañosamente las ideas y las conciencias".

ALFONSO JIMENO  
ARQUITECTO

Madrid. La Gran Vía.

